

ALFAGUARA



Hugo Burel

El Club de los Nostálgicos

ALFAGUARA



© 2011, Hugo Burel

© De esta edición:

2011, Ediciones Santillana S.A.

Juan Manuel Blanes 1132 - 11200 Montevideo

Teléfono 24107342

Telefax 24107342 Int. 104

www.prisaediciones.com/uy

ISBN 978-9974-95-493-9

Hecho el depósito que indica la ley.

Impreso en Uruguay. Printed in Uruguay.

PRIMERA EDICIÓN: AGOSTO DE 2011

Todos los derechos reservados.

Esta publicación no puede ser reproducida ni en todo ni en parte, ni registrada en, o transmitida por un sistema de recuperación de información, en ninguna forma ni por ningún medio, sea mecánico, fotoquímico, electrónico, magnético, electroóptico, por fotocopia o cualquier otro medio conocido o por conocer, sin el permiso previo por escrito de la editorial.

Nostalgias...
de escuchar su risa loca...

ENRIQUE CADÍCAMO

1. Lo que fue y nunca más será

El Club hace mucho tiempo que existe, pero no se conoce su sede ni se han publicado nunca sus estatutos. Hoy podría decirse, utilizando esa lamentable jerga tecnológica que los medios de prensa pretenden imponernos, que es una entidad virtual. Antes, se lo hubiese calificado de ente-lequia, o, como complace a ciertos grupos alarmistas y afines a las teorías conspirativas, de logia secreta. Nada de eso: el Club es apenas la expresión, difusamente organizada, de un estado del espíritu, el que se describe como nostalgia y que no es otra cosa que la añoranza por lo pasado, lo perdido, lo irremediable, lo que fue y nunca más será.

Como un miembro más del Club, no me siento con autoridad para abundar en mayores definiciones o establecer parámetros para acotarlo. No se paga una cuota, no se exhibe un carné, no existe una comisión directiva o un conglomerado de notables que nos conduzca. No hay, claro, un presidente que pretenda guiarnos. No obstante, no nos domina la anarquía. Lejos de ello, en cada uno de nuestros ámbitos de reunión –que son varios y sumamente difundidos– siempre se guarda una armonía básica, que jamás se pierde. Más allá de las eternas discusiones sobre –por ejemplo– el nombre de los integrantes de la delantera de tal o cual equipo de fútbol de la época *amateur*, o sobre el número exacto de canciones grabadas por el dúo Magaldi-Noda, lo fundamental

es el convencimiento de cada uno de nosotros de que lo esencial nos une: somos nostálgicos.

Un miembro antiguo del Club declaró alguna vez –sin ánimo de instituir una doctrina– que en algunas zonas de la realidad el Club y el país eran –son– lo mismo. Reflexionaba sobre cierta vocación nacional por la efeméride, el mojón histórico que hay que enaltecer cada trescientos sesenta y cinco días, la obstinada memoria que perpetúa el apego a cosas que con el correr de los años nada significan. Exagerando, este socio propone sustituir el nombre del país por el de República de la Nostalgia. Yo no tengo una postura tan radical. El Club es apenas el refugio de los inadaptados que no toleran el presente. Un presente criminal e inseguro, cambiante, disparado hacia un futuro sembrado de interrogantes y amenazas.

Sé que muchos han pretendido –y pretenden– ridiculizarnos. Con razón a veces, ya que es muy difícil entender el sentido y la misión del Club sin pertenecer a él. Otros se han apropiado de lo superficial del tópico y del prestigioso lustre de la palabra ‘nostalgia’. Creo que somos la única nación en el mundo que tiene su noche de la nostalgia alentada desde un costado musical que no escamotea el afán de lucro.

Una fecha nada caprichosa, el 24 de agosto, previa a la fiesta patria, establece una farragosa celebración en lo que antes llamábamos *boîtes*, con locales atestados de parejas errabundas y dispuestas a experimentar lo nostálgico a partir de la música –en su mayoría gringa– de los discos de pasta. En esa noche aciaga para los auténticos nostálgicos, el tránsito se colapsa en las inmediaciones de los locales de festejo y multitudes de oportunistas *neonostálgicos* trans-

piran y se embriagan al son de los *old hits*, término extranjero que ha sustituido a la sencillez de “los viejos éxitos”. No estoy hablando en balde, ya que hace bastante tiempo que conduzco un programa radial donde se difunde la verdadera música nostálgica: la de discos de vinilo en formato *long play*, guardados en sobres manoseados, y que otrora fueron lanzados por sellos discográficos hoy desaparecidos. Por tanto no es necesario que abunde en más detalles, salvo subrayar que todo obedece al oportuno olfato comercial de los organizadores, que tergiversan un sentimiento auténtico y lo caricaturizan en busca de pingües ganancias.

Tengo entendido que muchos miembros del Club han intentado desbaratar esa farsa con denuncias municipales por ruidos molestos, o alertando a la brigada de narcóticos sobre comercio de alcaloides y opiáceos en los locales. Todo ha sido inútil y la profanación ha crecido año tras año como una peste. Pero lo más eficaz es lo que la mayoría de los miembros hacen esa noche: se guardan de la alharaca exterior y, al influjo de profusas infusiones de tilo o gastando las escasas muestras que atesoran de Mogadón, duermen hasta el mediodía siguiente.

Aclarada nuestra desvinculación de la fecha nefasta, quisiera pasar a asuntos más trascendentes. Creo que dije que cada nostálgico es un inadaptable, un carenciado crónico del alma, alguien perdido de manera irremediable en una huida hacia atrás. Se miran fotos, se releen textos, se conservan y veneran ropas, objetos, *souvenirs*. Todo puede formar parte de un rito personal y cada miembro establece su propia militancia en los postulados no escritos del Club. Podría decirse que el Club somos cada uno de nosotros y que para un nostálgico no hay nadie mejor que otro nostálgico.

Los nostálgicos somos capaces de reconocernos en medio del gentío. Cierta insatisfacción en la mirada o una tendencia obsesiva a descubrir en pequeños detalles vestigios de lo perdido nos identifican y mancomunan. En la calle, vamos observándolo todo y midiendo desde la memoria los cambios para mal, la fea modernización de algunas zonas de la ciudad, la basta pátina de actualidad de otras. El epítome de la angustia, para muchos de nosotros, es la grosera hamburguesería instalada en uno de nuestros santuarios, el añejo y señorial edificio de la compañía de seguros THE STANDARD LIFE —obra del arquitecto John Adams—, culminado en 1908 y que los apresurados señalan como el edificio del LONDON-PARÍS, uno de los más claros ejemplos de

traición que el Club recuerda. Los nostálgicos a la violeta, esos que apenas podrían poseer un carné de *aspirantes* al Club, suelen mencionar el nombre de la famosa tienda de departamentos con apresurada veneración. Los trajes que allí compraron, la porcelana que ennoblecó sus mesas, las túnicas colegiales o el dilatado y prolijo muestrario de los productos de ultramar que allí se vendían los mueven a una evocación tramposa y proclive a la reverencia falsamente emotiva. Los famosos catálogos de precios –que no se modificaban en términos de años– son hoy objetos codiciados por coleccionistas y nostálgicos *snobs* que ni siquiera habían nacido cuando la tienda cerró sus puertas.

Muchos socios veteranos –entre los que me incluyo– preferimos execrar de LONDON-PARÍS, de su último propietario, Juan Pedro Arricar, y de la terrible liquidación de sus mercaderías que precedió a la debacle final. Abominamos de esa traición, de esa funesta pirueta comercial perpetrada entre un pésimo heredero y un publicista sagaz allá por comienzos de los años sesenta, cuando una chusma enceguecida –alentada por la propaganda y una rapacidad propia de bantús hambrientos– tomó por asalto el hasta entonces orgulloso reducto comercial y lo sumió en el caos de una feria de Calcuta. La estatua de Atlas que corona la cúpula del edificio se sacudió y tembló por varios días, mientras la masa humana devenida en marabunta pretendía llevarse hasta los extinguidores de la tienda. Los cronistas suelen evocar el tránsito detenido, los desmayos, las peleas por un corte de casimir, o los avivados que sustraían prendas y se iban sin pagar. Es como si describiesen el naufragio del

Titanic reparando solo en las discusiones por los salvavidas o el forcejeo para ascender a los botes.

Hoy en día, la comida basura y *yanki* y la brillante inconsistencia de coloridos anuncios ocupan parte de aquel espacio que en el pasado nos permitía, por un momento, sentirnos en HARRODS o WOOLSWORTH sin salir de nuestra relativamente joven ciudad. Como detalle cínico y acaso patético, los decoradores han colgado en las paredes del merendero pequeños cuadros con reproducciones de avisos de LONDON-PARÍS. Otra concesión a la nostalgia falsa, a la vulgaridad y la parodia. Una humillación más, de las tantas que el Club soporta.

Algunos socios concurrimos a esa esquina, cada primer día del mes séptimo, a conmemorar el inicio de la debacle y la traición. Elevamos nuestras miradas hacia el esforzado Atlas de la cúpula y nos preguntamos en silencio por el mundo perdido que sostiene. No hay énfasis alguno en la comparecencia y ni siquiera dialogamos entre nosotros o discurreamos sobre la pérdida. Es algo más sutil y resignado. Como ya dije, nos reconocemos en la actitud y con un simple cruce de miradas ya sabemos que el Club está allí, desbordante de fervor y pérdida.

Puede decirse que ese estratégico punto del centro de la ciudad es el kilómetro cero de la peregrinación que luego se inicia: tres cuadas rumbo al norte para asistir a otra derrota, la del bar SOROCABANA de la plaza llamada en su nacimiento de las Carretas, luego de Cagancha y más tarde Libertad, porque el vulgo confunde las estatuas y no distingue la paz de la libertad, ¡vaya ligereza!

En la esquina de la planta baja del PALACIO RINALDI, noble inmueble de reminiscencias europeas, nos detenemos brevemente e inspiramos el aire buscando, ilusos, el aroma de aquel café de grano brasileño que tantas discusiones alentó. Pero solo olemos el frío y las miasmas de los que caminan indiferentes y rumiando sus asuntos banales, perdidos en lo inmediato. La clausura del enorme local señala el fin

de los debates serios en el país, que antes brillaron en el ATENEO de media cuadra más abajo, allá por mil ochocientos setenta y tantos.

Resignados, pero imbuidos de la añoranza que solo adquiere vida en la nostalgia, caminamos hacia el cruce de la avenida con la calle Yaguarón, para encontrar otros dos templos profanados: el señero edificio del diario *El Día* y el del cine TROCADERO.

El periódico cerró y el inmueble se transformó en galería comercial y más tarde en espacio vacío sometido a reciclaje. Dicen que instalarán en él un lujoso garito. De todo lo que se ha perdido en el proceso, rescato para mí la inolvidable sirena, anunciadora de acontecimientos que nos marcaban, y evoco uno: el fin de la Segunda Guerra Mundial, el 7 de mayo de 1945. ¡Cómo no abrazarse entonces! Una multitud exultante que celebraba sin conocerse y caminaba del brazo como si estuviera en París o Londres. No es que yo lo haya vivido —ni siquiera había nacido—, pero me lo han contado tantas veces que ya no distingo el relato al que dan vida las crónicas, de un recuerdo auténtico.

En una marquesina estrafalaria instalada en la ochava del excine, se lee: PARE DE SUFRIR. Ironía mayúscula, porque sufrir es precisamente lo que hacemos los miembros del Club ante tamaña provocación. ¿Por qué esa predilección de las iglesias, congregaciones y sectas por apropiarse de las antiguas salas en las que tanto soñamos? También lo han hecho fábricas, *parkings* o supermercados, pero sin la ostentación obscena que los enfáticos charlatanes de la fe nos imponen. Me suena eso a revancha ante la idolatría a la que remplazan. Desde las piernas de Cyd

Charisse al busto de Jane Russell o el impúdico gesto de Brigitte Bardot, el pecado –según los nuevos propietarios– descendía desde la pantalla y corrompía los espíritus de la platea. Pero esa época ya no existe –salvo en los luminosos *shoppings* donde las nuevas salas prodigan el vacío cine actual– y ahora las almas simples se emporcan con el sustituto doméstico, el televisor, ventana inevitable por la que ingresa una tempestad de mediocridades que arrecia cada día.

Cumplida esa breve y deprimente procesión, los socios nos retiramos hacia nuestros domicilios. Algunos recalcan en el bar MINCHO de la calle Yi y se enfrascan en interminables discusiones que a nada conducen. En lo personal, yo culmino la luctuosa jornada bajando por Yaguarón hasta el Cementerio Central para depositar una flor, una solitaria magnolia blanca, en la tumba de mis padres, que en paz descansen. Después llego a casa y extraigo, de mi generosa discoteca, los álbumes que voy a difundir al otro día en mi programa. Lo vivido durante esa jornada me predispone y soy capaz de todo: Festival de San Remo en combinación con los éxitos de Rosamel Araya, en especial “*Mi promesa*”.

Nostálgico es uno que usó galochas en los días de lluvia para proteger sus zapatos de los charcos. Seguramente lo escuchó a Duke Ellington en el TEATRO SOLÍS, o, si es más joven, a Johnny Halliday en el PALACIO GÜELFI. Sin duda atesora botellas de refrescos que hoy no se fabrican y guarda programas de cines que daban continuado con tres películas. Digamos que ese es el nostálgico promedio, *standard*, para emplear una expresión muy en boga en los cincuenta. Hay otros, más complejos, sibaritas casi.

Su lema es una cita del filósofo Bergson: “solo se posee eternamente aquello que se ha perdido”. Su lectura favorita es el colosal mamotreto de Proust —una prestigiosa trampa para rentistas desocupados, estudiantes del Instituto de Profesores Artigas y pederastas refinados— y su lugar ideal nunca encontrado es aquel al que llevaba el camino de Guermantes. Cuando sus ingresos se lo permiten, viajan a Venecia, peregrinan al FLORIAN y contemplan el Gran Canal con embeleso desde la terraza del HOTEL DANIELI, sin estar alojados en él, claro. Son los nostálgicos módicamente fastuosos; quienes reivindican una ascendencia patricia que, no bien escarbamos, apenas los vincula con algún aventurero que se deslomó trabajando en los saladeros. Pese a todo, suelen ser tacaños y por supuesto conservadores. La cumbre de esta variedad son los dueños de anticuarios.

No he de referirme a ellos ahora, porque es obvia su actividad y su pertenencia al Club. Prefiero hablarles de esos raros especímenes que concentran su nostalgia en un solo objeto o en una única actividad. Ilustraré con ejemplos.

Hace muchos años era costumbre, en épocas en que la caja boba no idiotizaba a la gente y había furor por las revistas de *comics*, el canje de ejemplares entre chicos que no se conocían. Yo mismo era de los que leía *Superman* o *Lorenzo y Pepita*. Lo hacía como cualquier niño y cuidaba los ejemplares, pero no los coleccionaba ni atesoraba en exceso.

Un día llamaron a la puerta de casa, una tardecita en que mis padres habían salido. Yo me había quedado estudiando o acaso estuviera un poco atacado por el asma. Entonces abrí y en la vereda había un muchacho sosteniendo una pila de *comics*. Sin siquiera presentarse me preguntó si cambiaba revistas. Fue una pregunta simple que tardé en responder, porque no lo conocía y porque en mi condición de enfermo crónico no podía concebir tomar contacto con algo usado –“manoseado” era la expresión que empleaban mis padres–. Así, en general se me protegía del contacto con textos de segunda mano para el estudio –siempre me compraban nuevos y jamás sacaba ejemplares de bibliotecas– o evitaban que me quedase a dormir en casa de amigos o condiscípulos, por cuestiones de higiene. Pero el muchacho ignoraba todo eso e insistió: “¿No cambiás revistas?”.

Acto seguido me mostró varias que yo no había leído, en especial dos anuarios o números extraordinarios. Uno de *El Llanero Solitario* –en el que aparecía, por primera vez, sin antifaz– y otro de *Tarzán*.

Vio mi expresión de inmediato interés y aclaró: “Estas valen cinco de las comunes”. Le pregunté cómo había llegado a casa. Con una mirada de suficiencia dijo: “Se sabe quién compra revistas en este barrio. Me dijeron que vos tenés muchas”.

Tuve que admitir que era cierto y finalmente terminé canjeándole varias por los dos anuarios y alguna otra común. Fue mi primera transacción secreta con el muchacho, del cual nunca supe el nombre. Alguna vez vino con otro, a quien tampoco conocía. No me importaban los microbios que pudieran tener las revistas usadas ni la procedencia de las manchas de algunas de sus páginas. Habíamos acordado negociar cuando mis padres no estuvieran y para ello les había dado mi número de teléfono: si yo atendía podían venir. El costado clandestino del asunto también me fascinaba y para mantenerlo había ideado un escondite para las revistas manoseadas, ajenas, peligrosas de contagios de pestes sin nombre.

Crecí y esa costumbre la perdí junto con otras. Les advierto: no soy un nostálgico de esas revistas que ya no se editan y no acumulo pilas de ellas adquiridas en la Feria de Tristán Narvaja. No obstante, he descubierto que la costumbre de canjear revistas pervive en algunos integrantes del Club. No se trata ya de *comics*, de inocentes números de *La Pequeña Lulú* y aleccionadoras historias de la perra *Lassie*. El material es otro. También viejo y manoseado, pero diferente.

En su vida común, actúan como personas normales. Tienen empleos, hijos, deudas y esposas o amantes. Pero ocultan revistas, que atesoran con un fervor obsesivo, meticoloso. Son los coleccionistas de aquellas publicaciones relativamente pornográficas que circulaban hace, digamos, cuarenta o cuarenta y cinco años, tal vez un poco más. La mayoría se editaban en México. También provenían de Puerto Rico o de la Cuba prerrevolucionaria. Estaban impresas en un papel de ínfima calidad, en blanco y negro o a lo sumo en un sepinado sucio, con algún título en rojo. En la época que circulaban por estas latitudes se las llamaba, con simpleza y sabiduría, “libritos de relajo”. Ilustraban el sexo de la manera más explícita, a veces excesivamente vulgar y siempre escamoteando detalles, como consecuencia de la pésima fidelidad de su impresión. El contenido era diez o doce fotos y un relato plagado de expresiones exageradamente localistas, que poco tenían que ver con el léxico del Río de la Plata. Sus títulos eran acordes con el resto: *Los caprichos de Amparo*, *La picazón de Maruja*, *Conchita y Lupe en la Alameda*. Me han comentado que más de un autor luego famoso escribió esas historias.

En un registro un poco menos vulgar, otras publicaciones alentaban la fantasía mediante fotoreportajes a *vedettes* regordetas y bailarinas de terce-

ra fila. También incluían, intercaladas con la media docena de poses falsas y risibles de mujeres llamadas, por ejemplo, Belinda o Guadalupe, reinas de la noche y los *cabarets*, relatos de un erotismo cursi y consejos sexuales firmados por expertos bajo seudónimo.

Los coleccionistas de este material son consumados *connaisseurs* para catar sus contenidos: aprecian detalles que no son visibles para la inmensa mayoría. Hablo por lo que un socio me ha contado y acepto su baquía. ¿Cuándo y cómo realizan sus discretos canjes? ¿De qué manera ponderan la calidad y el valor de ese acervo de lo vulgar?

Antiguos bares poco concurridos, oficinas en desuso, pequeños locales de galerías comerciales desiertas y abandonadas durante la crisis y hasta predios baldíos son el punto de encuentro de estos aficionados. Es de buen tono llevar guantes descartables para manipular ediciones ajenas. Se admite la lupa y la posibilidad de oler con fruición las páginas amarillentas. Se puede descubrir así la procedencia exacta de cada ejemplar porque las tintas de impresión son, como para el catador de vinos, un mundo olfativo. La consistencia del papel también es importante: denota el trato que ha recibido ese número y hasta en dónde ha sido guardado. Pero lo decisivo suele ser el tratamiento gráfico y sus protagonistas. Se valora la ordinareiz agresiva, el vestuario *kitsch*, la ingenuidad y la torpeza en la actitud. Los coleccionistas ponderan valores que para los profanos significarían el rechazo o la risa conmisericordiosa. El intento fallido y el umbral del ridículo suelen ser celebrados y codiciados. Sé que todo esto es indescriptible si no se lo ve, pero así me lo han contado.

Un conspicuo habitante del PALACIO SALVO –ese edificio-laberinto, esa pesadilla arquitectónica que para muchos es la catedral de la nostalgia– me lo explicó así:

–Buscamos ese doble pliegue en los vientres, esa blancura mórbida en los senos que no necesitaban siliconas, las bocas desdeñosas pintadas con torpeza, los gestos aprendidos y mal imitados de las *pin ups* de Hollywood, la precaria geografía de los cuartuchos en donde se tomaron las fotos, el detalle de la media de *nylon* rota o el zapato salpicado de barro. Nos fascinamos con la pirueta aparatosa y falsa sobre las sábanas que adivinamos percutidas por el uso, y descubrimos, casi siempre, la innegable presencia de un sueño que flota en esas miradas que mienten el verdadero deseo. El sueño perdido de aquellas mujeres, quienes, a partir del momento en el que posaban, suponían que iban a conquistar una parcela en el país del triunfo. El tono marrón y desvaído de las imágenes nos instala en el misterioso despertar del pecado, en las oscuras variaciones del éxtasis solitario. En algún momento de nuestras vidas nos metimos en esas camas y respiramos el aire enrarecido de esos cuartos alquilados para la ocasión. Y fuimos felices, claro. Pero ahora solo tenemos un montón de revistas que atesoramos sin motivo, o tal vez, con el afán de ser crueles con lo que una vez fue, en cierta dimensión, inocente. Con esas mujeres fuimos al colegio o las contemplamos, arracimados con nuestros camaradas, mientras fumábamos en algún descampado alejado de la vigilancia de los mayores. Ahora, nos parecen patéticas, pero en realidad los patéticos somos nosotros.

La nostalgia tiene siempre un costado decadente y una nota profundamente insatisfecha. El hombre del PALACIO SALVO –no mencionaré su apellido por expreso pedido del aludido– ha reflexionado sobre la nostalgia de manera lúcida –despiadada, casi–, pese a ser él un nostálgico de manual. Para describir sus aficiones, basta con decir que posee la colección más completa que conozco de sifones de soda. También atesora primeras ediciones de libros raros, posavasos de cerveza, latas de té y miles de boletas con jugadas de quiniela –todo lo que apostó a ese juego desde treinta y cuatro años a la fecha–. Se dice que posee el primer original perdido de la novela *El pozo* y la pelota de la final de Maracaná, pero eso puede ser nada más que leyenda o habladurías.

Este hombre, que siempre está en su añoso departamento atestado de objetos raros y rastros de lo que fue, y que viste por lo general bata de seda y pantuflas al tono, reflexiona:

–La nostalgia es el resabio del paraíso perdido, la dolorosa certeza de que en algún momento tuvimos algo que ya no tenemos, por más simple que esto suene. No se precisa coleccionar nada para ser nostálgico y todo lo que yo atesoro es apenas un gesto vano y si se quiere exhibicionista, avaro, tal vez.

”Hace poco leí en una novela que en este país todo sucede en el pasado. Es doloroso, pero cierto.

Lo pretérito nos gobierna y condiciona nuestra vida. Tememos el futuro, malgastamos el presente, veneramos el pasado. Vivimos cotejándonos con lo perdido y, para llevar adelante el rito, estamos los nostálgicos, esforzados vigilantes de sepulcros y gestores de lo irrecuperable. Aborrecemos al Estado, pero añoramos su sombra tutelar, que se deshilacha cada vez más. Execramos de la dictadura, pero no podemos dejar de evocarla y ya el 27 de junio es una efeméride tan importante como el 18 de Mayo. Es mentira que nos congregamos para recordar la fecha y condenarla: en secreto necesitamos ese acontecimiento nefasto para castigarnos y encauzar el rencor y la ira, que es un Jano bifronte cuyas cabezas miran, ambas, hacia atrás. A su vez, los otros —la minoría que todavía reivindica el desborde que conculcó nuestras libertades—, ese día, apoltronados en los sillones del ocaso y rodeados de souvenirs temáticos —desde sables oxidados a fustas quebradas—, brindan con nostalgia y sin arrepentimiento.

”Para ser un nostálgico hay que ser incompleto y temerle al porvenir, es decir, a la muerte. Nuestro miedo está instalado en el futuro, por lo cual armamos formidables estrategias de atrincheramiento en innumerables sonseras. Objetos, episodios, fotografías, recuerdos adulterados por nuestra propia memoria, que adapta todo a la medida de nuestras carencias.

”¿Qué significan todos esos sifones acumulados en esa vitrina? Nada, apenas una trampa, un pasatiempo frívolo que me costó dinero y colmó mi vanidad de poseer lo inconseguible. Es inútil decir: ese sifón con el vidrio grabado y el tapón de bronce estaba en el TUPI NAMBÁ y sus chorros regaron los

copetines que tomaba Florencio Sánchez. Mentira: ahora es solo una cosa indistinta del resto, un simple frasco vacío. No obstante, si mañana alguien me dice: «tengo tal sifón que perteneció a la vajilla original del tren nocturno que corría a Rivera y está en perfecto estado», voy a hacer lo imposible por comprárselo. Hay un fetichismo por el pasado que nos hace niños en pos de juguetes.

”Somos los hurgadores del tiempo y los abnegados recicladores de los mitos. En nuestros relojes, las agujas giran hacia atrás o han sido suprimidas. Estamos congelados y no lo sabemos. Cuando, por ejemplo, se proyecta reconstruir el hipódromo nacional, los nostálgicos no vemos el beneficio futuro de más empleos y resurgimiento de la zona que una vez creció a influjos del *turf* y los *turfmen*. Solo pensamos en Arturo A o en Yatasto, caballos ganadores, o en el atentado contra el dictador Terra. Nos interesan más las carreras pasadas que las futuras. Este es solo un ejemplo entre tantos, pero ilustra sobre nuestra funesta monstruosidad.

”Ante nosotros, solo vale el exterminio y la demolición. La de este edificio, por ejemplo. Símbolo de lo que una vez fuimos y ya no seremos. El delirio exhibicionista del arquitecto Palanti, que además era fascista, y, no contento con haber erigido una mole delirante similar —el famoso PALACIO BAROLO de Buenos Aires en avenida de Mayo—, impuso su pesadillesco gusto al comerciante Salvo y nos legó este Frankenstein de cemento, para el que Le Corbusier sugirió la piedad de una enredadera plantada a sus pies que, al crecer y trepar, lo ocultase. La altura era desafiante para la época; el diseño, ecléctico, con un

atributo fálico evidente. El genial Peloduro lo llamó «la vinagrera» y Alfredo Mario Ferreiro «la jirafa». Tendrían que haberle agregado gárgolas a su mampostería de repostero, esos monstruos alados que de alguna manera han vigilado nuestra idílica y cagona mesocracia. No los vemos pero están, agazapados y atentos, para devorarnos al más mínimo intento de alterar el plan. ¿Cuál plan?

”Hace setenta y cinco años que este país atrasa, y para que nada concuerde con Cronos, aquí estamos nosotros haciéndole trampas al calendario.

Justo es decirlo: el hombre del PALACIO SALVO no sale a la calle cuando se celebra el Día del Patrimonio, otra efeméride que nos alude a los nostálgicos. Él la aborrece por ser oficial e impuesta a fuerza de convencer a la gente de que las puertas del pasado se abren y que los espejos de otrora vuelven a reflejarnos. De la misma manera, el 2 de noviembre es para él una jornada festiva que, lejos de refrescarle los lutos, lo motiva a ponerse su camisaco predilecto –todavía usa esa prenda que nos invadió allá por finales de los cincuenta– y salir a recorrer necrópolis con su mejor sonrisa. Para un nostálgico como él, nadie en este país goza de mejor salud que los muertos. Todo defecto se transforma en virtud y toda debilidad en fortaleza. Lo que fue crítica se trastoca en elogio y lo que se negó en vida –respeto, fama, reconocimiento– se prodiga en la ausencia. La verdadera vida es la que empieza en la tumba y el segundo día del mes oncenos, para este implacable socio, motivo de regocijo.

Son las rarezas y peculiaridades de sus socios las que hacen del Club un universo que se mimetiza con el otro, el de los excluidos del gran secreto. Como en toda organización, abundan en su seno divergencias y grupos antagónicos. En lo personal, no me afilío a ninguno, pero sé apreciar sus diferencias. Por lo que llevo comentado, se puede pensar que es este un Club exclusivo para hombres. Nada más alejado de la

realidad. Hay muchísimas nostálgicas entre nosotros, por más que alguien que no viene a cuento nombrar teorizó alguna vez sobre la incapacidad absoluta del género femenino de entender la nostalgia y mucho menos ejercerla.

¿Existen mujeres que coleccionen objetos, libros, fotos, juguetes, botones o figuritas de álbumes infantiles? ¿Se conoce alguna mujer que se instale ante un gramófono a escuchar con unción y agobio canciones de la Guerra Civil Española? ¿Le han contado de alguna que atesore literatura sobre el hundimiento del Graf Spee o tapitas corona? Tales preguntas se las formula este teórico radical cada vez que se lo azuza en alguna discusión, e invariablemente concluye que la nostalgia es masculina.

Se le responde que las colecciones de muñecas, de mantillas, de misales, de abanicos y de latas de té suelen pertenecer a mujeres. Él arremete con que la numismática y la filatelia, el ajedrez y la melomanía son devociones masculinas. Se le dice: no se puede confundir a los coleccionistas con los nostálgicos, y que una actividad no necesariamente presupone la otra. Él retruca: una mujer solo siente nostalgia por lo que no tiene, no por lo perdido. Y remata: si quieren saber qué es una mujer, lean a Schopenhauer, a Rousseau, a Byron.

No importa la peculiar postura de este radical que, se sabe, es un misógino irrecuperable: la mujer —en general— es aceptada sin reservas en el Club. El problema radica en que es muy difícil saber de qué forma se manifiesta la nostalgia femenina. La pregunta es: ¿qué añora una mujer? O, dicho de otra manera: ¿qué la hace incompleta?

No soy psicólogo ni me interesa indagar demasiado en el alma de nadie, apenas si me atrevo a decir que la nostalgia de una mujer siempre está orientada hacia el futuro. Sus amenazas son la vejez, los hijos que se van, los maridos que abandonan, la viudez, y claro, la soledad. Siente una nostalgia anticipada por esas probables tragedias y las anticipa, las vive en secreto antes de que sucedan. Lo que experimenta son reminiscencias –esa hermosa palabra en desuso– de algo que todavía no sucedió. Alguna vez hablé de esto con mujeres y me denostaron de inmediato, catalogándome de ignorante. Pero nadie le exige a una mujer que se comprenda a sí misma.

Creo que es el momento de hablar de la muchacha del Prado y de su extraña y acaso triste historia con el hombre que, como ella, confeccionaba listas. De una manera poco frecuente, ambos eran nostálgicos y un día se conocieron, porque la casualidad sirve a los mecanismos inescrutables del Club. Admito que he demorado en referir estos hechos, porque juzgué pertinente antes hablar del Club de los Nostálgicos, que, como han podido apreciar, suele cobijar a raros de variada extracción.

Walter —así se llama el hombre de las listas— había descubierto, en la confección espontánea y sin motivo de listas, algo que, de alguna manera, expresaba lo profundo y decisivo de su existencia. Al principio lo tomó como pasatiempo en circunstancias tan aleatorias como la espera en una peluquería, un viaje en ómnibus o la permanencia obligatoria en una fila delante de una ventanilla de trámites. Los conjuntos incluidos en las listas variaban: marcas desaparecidas, palabras desagradables, nombres de ciudades a visitar, actores o deportistas de segunda línea y hasta simples sustantivos relacionados entre sí de manera misteriosa pero decisiva para Walter.

Durante un tiempo de práctica de esa actividad, sospechó primero y luego estuvo convencido de que las listas eran omnipresentes y todo podía estar condicionado por ellas. Era la clásica actitud

del obsesivo que cree que el universo entero cobija y da sentido a su propia obsesión.

No bien se nace, uno ingresa en una lista: la de nacimientos consignados en ese sanatorio, la de varones y mujeres; también en la imaginaria lista de personas nacidas en ese mismo día en el planeta. A esa se le agrega la de los nacidos ese día exactamente a la misma hora. Enseguida, la de los nacidos ese mismo día, a esa misma hora y que además tienen el mismo nombre de pila. Y así, *ad nauseam*, la de los que además de compartir día, hora, sexo y nombre de pila, llevan el mismo primer apellido, por lo menos. Ese tipo de razonamiento llevó a Walter a establecer un vínculo mágico y ritual con las listas.

La muchacha del Prado se abocó en algún momento a las listas, pero por razones de otra índole. Al principio, luego de una primera lista dictada por un sueño, como inexplicable respuesta a una orden interior, a una voz recóndita que parecía dictarle las palabras y la transformaba a ella en una simple médium. En el comienzo, claro, sin conciencia de lo que construía, se abocó a la tarea, más que como un pasatiempo, como la entrega indolente a una rutina incomprensible. Cuando por fin logró asignarle un significado a la primera serie de palabras con las que se topó, su actitud varió, pero no es momento ahora de abundar en este detalle.

Como sea, a través de las listas, Walter y la chica se entregaron, más que a un mecanismo compulsivo e inexorable, a la nostalgia. Él, enumerando lo perdido, lo que ya no podría conservar, lo que de alguna manera le pertenecía para siempre a partir de no tenerlo más. Ella, por más que no lo supiera,

registrando la nostalgia de lo que no podría poseer jamás, aquello que en su vida habría de elusivo, de inalcanzable.

En Walter operó, además, otra circunstancia casi mágica, que no conviene revelar todavía y que lo restituyó a una noche perdida del Carnaval de sus dieciocho años. Pero es momento ahora de presentar a Walter, el hombre de las listas.